





HÉROES, HETERODOXOS Y TRAIADORES

HISTORIA DE EUSKADIKO EZKERRA (1974-1994)



GAIZKA FERNÁNDEZ SOLDEVILLA

HÉROES, HETERODOXOS Y TRAIADORES

HISTORIA DE EUSKADIKO EZKERRA
(1974-1994)



Diseño de cubierta:
Carlos Lasarte González

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Prólogo, JOSÉ LUIS DE LA GRANJA SAINZ, 2013
© GAIZKA FERNÁNDEZ SOLDEVILLA, 2013
© EDITORIAL TECNOS (GRUPO ANAYA, S. A.), 2013
Juan Ignacio Luca de Tena, 15 - 28027 Madrid
ISBN: 978-84-309-5809-2
Depósito Legal: M-7989-2013

Printed in Spain

A mi familia

Pero cuando un pueblo tiene héroes que se inmolan, cuando hay una Resistencia en pie, y cuando cientos de jóvenes sufren en su carne y en su alma las torturas y la impotencia del presidio, se han terminando las medias tintas. El que no colabora en la Resistencia es un traidor, y como tal será tratado. La espera alucinada ha terminado. ETA ha elegido el camino del deber, el camino de la Resistencia hasta el fin. Que todos los vascos sepan que ha llegado ya el momento de la clasificación en héroes y traidores.

«Héroes y traidores», *Zutik*, n.º especial *Aberri Eguna*, 1963

En este país existe una tendencia irrefrenable a entender el nacionalismo en clave teológica. Por un lado, la iglesia institucional y jerárquica, fuera de la cual no existe salvación. Se trataría del PNV de Arzalluz. Por otro, los cristianos díscolos, los pecadores. No cumplen bien los mandamientos, pero vuelven y son absueltos de sus pecados de juventud. Ellos también perdonan a su madre, la iglesia, su excesivo conservadurismo, su rigidez y su intransigencia. Porque, al fin y al cabo, es la madre. Pueden ir juntos a muchos sitios. Desde luego, a misa, y también a los ayuntamientos. Serían los de HB. Luego, los heterodoxos. Los protestantes. Los reformadores, aunque algunos les llamen reformistas. No reconocen la jerarquía. No se confiesan. Son socialistas, están condenados sin remedio. No tienen salvación. Seríamos nosotros, los de EE. Naturalmente todos los demás —PSOE, CP, PC, etc.— serían simplemente infieles. No pertenecen a la cristiandad. Ni siquiera se comprende qué hacen aquí. Su verdadero sitio estaría más allá del Ebro.

Juan Mari Bandrés («Ni me callo ni otorgo», *El País*, 1-IX-1985)



ÍNDICE

LISTA DE ABREVIATURAS EMPLEADAS EN LAS NOTAS	Pág.	13
AGRADECIMIENTOS		15
PRÓLOGO. EL NACIONALISMO VASCO HETERODOXO, por <i>José Luis de la Granja Sainz</i>		17
INTRODUCCIÓN		25
CAPÍTULO I. DE SABINO ARANA A LA «IZQUIERDA <i>ABERTZALE</i> ». EL NACIONALISMO VASCO RADICAL		37
I. DIOS Y LA LEY VIEJA. UNA DOCTRINA POLÍTICO-RELIGIOSA		37
II. VENCEDORES Y VENCIDOS. EL NACIONALISMO VASCO Y LA DICTADURA FRANQUISTA		44
III. NO ES PAÍS PARA VIEJOS <i>JELTZALES</i> . <i>EKIN</i> , EL PNV Y LA PRIMERA ETA ..		50
IV. ¿PATRIA O PROLETARIADO? LA EVOLUCIÓN IDEOLÓGICA Y ESTRATÉGICA DE ETA		55
V. EL ARTE DE LA GUERRA. LA ESPIRAL DE ACCIÓN-REACCIÓN-ACCIÓN		62
VI. CRUZADOS DE LA CAUSA. <i>MILIS</i> Y <i>POLIMILIS</i>		68
VII. MITOS QUE MATAN. LA NARRATIVA DEL «CONFLICTO VASCO»		73
CAPÍTULO II. EL PLAN DE <i>PERTUR</i> . ETAPM ENTRE LA DICTADURA Y LA PRIMERA TRANSICIÓN (1974-1976)		79
I. TUPAMAROS EN EUSKADI. EL FRACASO DEL MODELO POLÍTICO-MILITAR ..		79
II. LA MUY DELGADA LÍNEA ROJA. EDUARDO MORENO BERGARETXE		83
III. LAS AMISTADES (POLÍTICAS) PELIGROSAS. KAS Y LA EXTREMA IZQUIERDA		86
IV. ¿ <i>TABULA RASA</i> ? LA PONENCIA « <i>OTSAGABIA</i> »		89
V. LA LEY DEL SILENCIO. <i>PERTUR</i> Y SU DESAPARICIÓN		92
VI. UNA VICTORIA PÓSTUMA. LA VII ASAMBLEA DE ETAPM		95
CAPÍTULO III. ETA SIN <i>TXAPELA</i> . EL PARTIDO PARA LA REVOLUCIÓN VASCA (1976-1977)		98
I. UN CALLEJÓN SIN SALIDA. LA REFORMA DE SUÁREZ Y EL PROBLEMA DE LA AMNISTÍA		98
II. TRES SON MULTITUD. EL GOBIERNO, ETAPM Y EL MOTÍN DE LOS <i>BE-REZIS</i>		102
III. CUANDO YA NO ÉRAMOS SOLDADOS. EL NACIMIENTO DE EIA		106

IV.	SOPA DE LETRAS. PARTIDOS, PLATAFORMAS Y COALICIONES EN 1977	111
V.	LA PRIMERA EUSKADIKO EZKERRA. UN MATRIMONIO DE CONVENIENCIA	114
VI.	¿BOMBAS O VOTOS? LA CRISIS DE LA «IZQUIERDA <i>ABERTZALE</i> »	116
VII.	LA CRUDA REALIDAD. LAS ELECCIONES DEL 15 DE JUNIO DE 1977	120
CAPÍTULO IV. ¿REVOLUCIÓN O REFORMAS? EIA DURANTE LA TRANSICIÓN I (1977-1980)		125
I.	GUERRA Y PAZ. EL PROBLEMA VASCO Y EL PROCESO DE DEMOCRATIZACIÓN	125
II.	EIA Y SUS «PRIMOS». EL BLOQUE POLÍTICO-MILITAR	132
III.	LA AVENTURA PODRÁ SER LOCA PERO EL AVENTURERO DEBE SER CUERDO. MARIO ONAINDIA	139
IV.	CRÓNICA DE UN DIVORCIO ANUNCIADO. LA RUPTURA DE LA PRIMERA EUSKADIKO EZKERRA	149
V.	CUARENTA AÑOS Y LUEGO ESTO. EE, LAS CORTES Y LA CONSTITUCIÓN ..	154
CAPÍTULO V. EN TIERRA DE NADIE. EIA DURANTE LA TRANSICIÓN II (1977-1980)		160
I.	LA BURLA DEL DIABLO. EL ALA LENINISTA Y EL II CONGRESO	160
II.	ALGO MÁS QUE UNA PARTIDA DE AJEDREZ. EIA FRENTE A ETAM	163
III.	JAQUE. LAS ELECCIONES GENERALES, FORALES Y MUNICIPALES DE 1979 ..	172
IV.	EL ÚLTIMO VAGÓN DEL ÚLTIMO TREN. EL ESTATUTO DE GUERNICA	177
V.	JAQUE MATE. LAS ELECCIONES AUTONÓMICAS DE 1980	185
CAPÍTULO VI. DIVERGENCIAS Y CONVERGENCIAS. DE EIA A EE-IPs (1980-1982)		190
I.	ENTRE LA LOAPA Y EL <i>BATZOKI</i> . LA INSTITUCIONALIZACIÓN DE LA AUTONOMÍA VASCA	190
II.	DUDAS EXISTENCIALES. EL INICIO DEL PROCESO DE SECULARIZACIÓN ...	195
III.	EL OCASO DEL PLAN DE <i>PERTUR</i> . NUEVA IZQUIERDA Y AKETEGI	202
IV.	DESDE RUSIA CON AMOR. EL PARTIDO COMUNISTA DE EUSKADI	205
V.	ENTRE EL ROMANCE Y EL CÁLCULO. LA CONVERGENCIA EIA-EPK	209
VI.	CASTILLOS EN EL AIRE. LAS ELECCIONES GENERALES DE 1982	215
VII.	EL ESPEJISMO NAVARRO. <i>AUZOLAN</i> , UNA VÍA FALLIDA ENTRE EE Y HB ..	222
CAPÍTULO VII. <i>GUDARIS</i> EN RETIRADA. LAS DISOLUCIONES DE ETAPM (1980-1992)		226
I.	SACUDIR A UCD. LA RADICALIZACIÓN ESTRATÉGICA DE LOS <i>POLIMILIS</i> .	226
II.	LA LÓGICA DE LAS URNAS Y LA LÓGICA DE LAS ARMAS. CRISIS EN EL BLOQUE POLÍTICO-MILITAR	229
III.	LA EXTRAÑA PAREJA. MARIO ONAINDIA Y JUAN JOSÉ ROSÓN	235
IV.	<i>CEDANT ARMA TOGAE</i> . LA TREGUA DE 1981	239
V.	EL TERCER HOMBRE. LA INTROMISIÓN DE XABIER ARZALLUZ	246
VI.	GUERRAS DE BANDOS. LA VIII ASAMBLEA Y EL CISMA DE ETAPM	250
VII.	PAZ POR PRESOS. LA REINSECCIÓN DE LOS <i>SÉPTIMOS</i> (1981-1985)	253
VIII.	EL LARGO <i>AGUR</i> . <i>MILIKIS</i> ARREPENTIDOS, HUÉRFANOS <i>OCTAVOS</i> (1981-1992)	259

CAPÍTULO VIII. EL OTOÑO DEL PATRIARCA. RENOVACIÓN DOCTRINAL Y ESTANCAMIENTO ELECTORAL (1982-1985)	264
I. MITOS QUE SE DERRUMBAN. EL NACIONALISMO VASCO HETERODOXO	264
II. ORGULLO (<i>EUSKADIKO</i>) Y PREJUICIOS (<i>JELTZALES</i>). O CÓMO DECEPCIONAR Y DECEPCIONARSE	273
III. EN TIERRA HOSTIL. UNA «TERCERA VÍA» ANTE ETAM	278
IV. UN NOVIAZGO FRUSTRADO. EL INDISCRETO ENCANTO DEL PSOE	283
V. <i>RARA AVIS</i> . UN PARTIDO (DEMASIADO) <i>SUI GENERIS</i>	288
VI. APATÍA Y DESILUSIÓN. LAS ELECCIONES AUTONÓMICAS DE 1984	293
VII. LUZ QUE AGONIZA. LA RENUNCIA DE MARIO ONAINDIA Y EL II CONGRESO DE EE	299
CAPÍTULO IX. <i>AUREA MEDIOCRITAS</i> . UN PARTIDO (CASI) COMO LOS DEMÁS (1985-1988)	303
I. LOS PROFESIONALES. RELEVO GENERACIONAL Y REORGANIZACIÓN INTERNA	303
II. LA FUERZA DE LA RAZÓN. LAS ELECCIONES GENERALES Y AUTONÓMICAS DE 1986	308
III. TENER Y NO TENER. EL ABORTADO GOBIERNO VASCO DE CAMBIO Y DE PROGRESO	317
IV. POR UN PUÑADO DE VOTOS. LOS COMICIOS DE 1987	323
V. REDENCIÓN. EL PACTO DE AJURIA ENEA Y EL MOVIMIENTO PACIFISTA ..	326
VI. LA ERÓTICA DEL PODER. EL III CONGRESO DE EE	335
CAPÍTULO X. RUPTURAS Y DESVENTURAS. EL CREPÚSCULO DE EE (1989-1991)	343
I. UN EQUIVOCO «SÍ INEQUIVOCO». EL <i>ABERTZALISMO</i> CONSTITUCIONAL	343
II. ¿REGRESO AL PASADO O HUIDA HACIA DELANTE? EL GIRO NACIONALISTA	348
III. MÁS DURA SERÁ LA CAÍDA. LAS ELECCIONES AUTONÓMICAS DE 1990 ...	355
IV. REBELIÓN A BORDO. LA ENTRADA EN EL GOBIERNO VASCO Y EL IV CONGRESO DE EE	363
V. ADVERSARIOS, ENEMIGOS Y COMPAÑEROS DE PARTIDO. LA DIVISIÓN DE <i>EUSKADIKO EZKERRA</i>	372
CAPÍTULO XI. RÉQUIEM POR UN SUEÑO. EUE Y EL PSE-EE (1992-1994)	381
I. DÍAS SIN HUELLA. LA FUGAZ ANDADURA DE <i>EUSKAL EZKERRA</i>	381
II. ABAJO EL TELÓN. DECADENCIA Y CAÍDA DE <i>EUSKADIKO EZKERRA</i>	386
III. AMORES TARDÍOS. LA UNIFICACIÓN DEL PSE Y EE	392
IV. LAS ELECCIONES GENERALES DE 1993. DE VICTORIA EN VICTORIA...	400
V. ... HASTA LA DERROTA FINAL. LAS ELECCIONES AUTONÓMICAS DE 1994 ..	408
CONCLUSIONES	417
ANEXO I. ESTRUCTURA TRIÁDICA DE LA RETÓRICA NACIONALISTA	431
ANEXO II. NARRATIVA ARANISTA	432

ANEXO III.	NARRATIVA DEL «CONFLICTO VASCO»	433
ANEXO IV.	TRAYECTORIA HISTÓRICA DEL NACIONALISMO VAS- CO	434
ANEXO V.	RESULTADOS ELECTORALES DE EE	435
ANEXO VI.	GRÁFICOS SOBRE LA EVOLUCIÓN ELECTORAL DE EE EN EL PAÍS VASCO	437
ANEXO VII.	GRÁFICOS SOBRE LA EVOLUCIÓN ELECTORAL DE EE EN NAVARRA	438
ANEXO VIII.	PARLAMENTARIOS DE EE	439
FUENTES		441
BIBLIOGRAFÍA		447
LISTA DE SIGLAS		463
ÍNDICE DE TABLAS		466
ÍNDICE ONOMÁSTICO		467

LISTA DE ABREVIATURAS EMPLEADAS EN LAS NOTAS

c.	carpeta
cit.	citado/a
q.	quincena
s. e.	sin editorial
s. f.	sin fecha
s. l.	sin lugar
Vid.	<i>Vide</i> (véase)



AGRADECIMIENTOS

El presente libro tiene su origen en una tesis doctoral defendida el 20 de diciembre de 2012 en la UPV-EHU, Universidad del País Vasco-*Euskal Herriko Unibertsitatea*. Un tribunal compuesto por los catedráticos Juan Avilés, Santiago de Pablo, Xosé Manoel Núñez Seixas, Ludger Mees y Manuel Redero le otorgó la máxima calificación posible, apto *cum laude*. A todos ellos les agradezco sinceramente sus acertadas sugerencias, que he procurado tener en cuenta para mejorar el texto inicial.

En el Departamento de Historia Contemporánea de la UPV-EHU y sus aledaños he tenido la suerte de coincidir con un excelente grupo de historiadores y científicos sociales que me han ayudado de distintos modos, como Jesús Casquete, con quien la obra tiene una evidente deuda intelectual, Barbara van der Leeuw, José Antonio Pérez, Rafael Leonisio, Pau Casanellas, María Losada, Fernando Molina, Erik Zubiaga, Andrea Micciché, Aitor González, Pedro José Chacón, Joseba Louzao, Jon Penche, Alejandra Ibarra, Pedro Barruso, Javier Gómez y Carlos Carnicero. Es necesario añadir a la lista a aquellos colegas a los que he conocido en sucesivos congresos, tal que el de Almería, así como en el grupo de Historia Contemporánea del *Facebook*.

Un apartado inevitable en los agradecimientos es el de las bibliotecas, las hemerotecas y, sobre todo, los archivos. Han sido tantos los profesionales que han facilitado mi trabajo que resultaría demasiado prolijo citarlos a todos. Sin embargo, no puedo olvidarme de entresacar algunos nombres: Igor del Archivo de *Zutik*, Juan Carlos del Laboratorio de Microfilmación de la UPV-EHU, María de la Sociedad de Estudios Vascos, y Miren y Etxahun de la Biblioteca de los Benedictinos de Lazcano. En la Universidad de Deusto tengo la suerte de contar con Dani Etxebarria, bibliotecario personal y viejo amigo.

Con diferencia, lo más estimulante de mi labor ha sido tener el privilegio de entrevistar a más de sesenta personas, dirigentes y militantes de los partidos y organizaciones que aparecen a lo largo del relato. Sin su desinteresada colaboración y su valioso testimonio, me hubiese sido casi imposible reconstruir una época que no era la mía. Nunca les reconoceré lo suficiente que dejaran a un completo desconocido hurgar en su memo-

ria y robarles recuerdos no siempre agradables. Bastantes de ellos me permitieron consultar sus archivos personales, cuando no me los cedieron.

Asimismo, estoy en deuda con quienes me han proporcionado información o contactos para entrevistas, como Juan Carlos Balbas, Carmen Moreno, Xabier Markiegi e Iñaki Mujika Arregi. Gracias a Ildefonso Eskauriatza Bilbao, vía Fernando López Castillo, conseguí una colección digitalizada de los *Hautsis*. Gorka Fernández Soldevilla, Manu Gojenola, Jon Gil, Anabel Hernández, Diana Iglesias, José Luis Lizundia, Francisco Javier Merino, José Manuel Roca y Estefanía Rodero han tenido la amabilidad de permitirme mejorar con sus aportes algunos de mis textos, luego publicados en diferentes revistas. Fernando Blanco me demostró que la psicología tiene algo que enseñar a la historia. Martín Alonso tuvo la deferencia de comentarme ciertas partes de este trabajo. Guille ha sido mi asesor informático.

Como colofón al listado es necesario mencionar a varias personas sin las cuales nunca hubiera culminado esta obra. Vaya en primer lugar mi reconocimiento a José Luis de la Granja Sainz, mi director de tesis, quien ha dedicado una cantidad ingente de su tiempo a auxiliarme de muy distintas maneras, que han ido más allá de los habituales consejos y correcciones. Ha hecho de consejero, presentador, me ha escrito un par de magníficos prólogos e incluso se ha dejado enrolar para otros proyectos paralelos por quien no pasaba de ser un simple grumete. En alguna ocasión, cuando he estado a punto de tirar la toalla, sus palabras han conseguido animarme para seguir adelante con la investigación. Con su buen hacer de maestro y mentor José Luis me ha enseñado lo que sé del oficio del historiador.

En segundo término, tengo que subrayar mi gratitud hacia Raúl López Romo, compañero y amigo. Todavía recuerdo la sorpresa con la que el primer día de los cursos de doctorado descubrimos que ambos habíamos elegido el mismo objeto de estudio para nuestra tesis. Por suerte para mí y desgracia para los antiguos *euskadikos* (militantes de EIA y/o EE), fue todo un caballero y me cedió el tema. Ulteriormente hemos colaborado en bastantes trabajos, incluyendo nuestro libro *Sangre, votos, manifestaciones* (2012). No puedo pagar su colaboración constante, sus ideas, sus sugerencias, sus críticas constructivas y su aliento. He de reconocer que su papel ha sido fundamental en mis investigaciones y que su huella es evidente en este texto, que ha leído y comentado conmigo tantas y tantas veces.

En tercer y último lugar, he de agradecer públicamente a mis padres, Francisco Fernández (*Pako*) y Yolanda Soldevilla (*Yoli*), su apoyo incondicional a lo largo de mi vida, sobre todo durante los años que he pasado como eremita doctorando. Me temo que les debo demasiado como para poder resumirlo en un papel. De cualquier manera, gracias a los dos.

PRÓLOGO

EL NACIONALISMO VASCO HETERODOXO

Para un profesor universitario ya veterano como el que suscribe estas líneas es una tarea grata prologar el libro de un discípulo brillante: tal es el caso del joven historiador Gaizka Fernández Soldevilla. En realidad, es el segundo prólogo que le dedico pues ya hice el de su primer libro, *Sangre, votos, manifestaciones: ETA y el nacionalismo vasco radical (1958-2011)*, escrito con Raúl López Romo y editado también por Tecnos. Gracias al interés de su director por la cuestión vasca, esta editorial ha publicado en el último decenio una serie de obras fundamentales sobre la historia del nacionalismo vasco, en la que se sitúa este libro. Su origen es la reciente tesis doctoral de Gaizka Fernández, elaborada en la Universidad del País Vasco y centrada en la historia de EE, Euskadiko Ezkerra, partido que evolucionó desde el *abertzalismo* radical en la Transición hasta el nacionalismo heterodoxo en la década de 1980. Desaparecido en 1993 al fusionarse con el PSE-PSOE, Partido Socialista de Euskadi, carecía de un estudio histórico riguroso sobre su singular trayectoria política e ideológica; ahora ya lo tiene merced a este excelente libro.

Su autor lo inicia con una interesante cita de Juan María Bandrés, sacada de un artículo periodístico (*El País*, 1-IX-1985), en el cual el entonces presidente de EE interpretaba el nacionalismo vasco en clave teológica: el PNV encarnaba la Iglesia institucional y jerárquica, los radicales de HB, Herri Batasuna, eran los cristianos díscolos y pecadores, mientras que los *euskadikos* eran los heterodoxos y protestantes, que estaban condenados y no tenían salvación, a diferencia de los *batasunos*, cuyos pecados de juventud podían ser perdonados por la madre Iglesia, esto es, el PNV. Este texto me recuerda dos antecedentes históricos similares. El primero sucedió en 1930: cuando ese año nació ANV, Acción Nacionalista Vasca, como escisión del PNV, por no aceptar su lema «Dios y Ley Vieja» (JEL en sus siglas en euskera), los *jeltzales* descalificaban a los fundadores de ANV tildándoles de los *sin Dios*, a pesar de que no eran ateos ni anticlericales sino católicos aconfesionales y liberales. El

[17]

segundo tuvo lugar en 1964, cuando el todavía *jeltzale* Telesforo Monzón consideró a los primeros etarras como hijos de Sabino Arana, el padre fundador del PNV: «ellos también son hijos de las ideas de JEL». «Si ellos se han alejado de la casa del padre, no dejan de llevar en sus venas la sangre del padre». Es decir, los militantes de ETA eran como el hijo pródigo de la parábola evangélica: si regresaban, serían bien recibidos en la casa del padre, que no era otra que la sede del PNV. Es significativo que su líder Xabier Arzalluz tratase con benevolencia al mundo de HB, que apoyaba el terrorismo de ETA militar, al mismo tiempo que atacaba con suma dureza a los líderes de EE Mario Onaindia y Juan María Bandrés, cuya intervención fue decisiva para la disolución de ETA político-militar en 1982. Precisamente, el artículo citado de este último fue consecuencia de una agria polémica que mantuvo con Arzalluz en el verano de 1985. En él Bandrés denominó «los heterodoxos» a sus correligionarios de EE.

¿Qué fue el nacionalismo vasco heterodoxo? En 1984, el autor de este prólogo defendió su tesis doctoral sobre la historia de Acción Nacionalista Vasca, que fue publicada con el título de *Nacionalismo y II República en el País Vasco* (1986). En su conclusión señalé que ANV fue el precedente histórico más importante de Euskadiko Ezkerra, al tiempo que caracterizaba a ANV como partido de izquierda, «aconfesional y liberal, republicano y democrático, y, desde 1936, anticapitalista y socialista». Entonces no empleé el término *heterodoxo* en referencia a ANV. Si no recuerdo mal, lo usé por primera vez en 1995, en el libro *El nacionalismo vasco: un siglo de Historia*, cuya introducción se titulaba: «En el centenario del nacionalismo vasco: moderados, radicales y heterodoxos». En ella, a la dicotomía tradicional moderación *versus* radicalismo, como línea divisoria principal del movimiento nacionalista vasco, añadí «una tercera vía fallida: el nacionalismo heterodoxo». Dentro de esta denominación incluí a tres personalidades durante la Monarquía de la Restauración (Francisco Ulacia, Jesús de Sarría y Eduardo Landeta), a ANV en la II República, la Guerra Civil y el exilio, al pequeño partido ESEI en la Transición y a Euskadiko Ezkerra, «el mejor ejemplo de esta tercera tendencia», desde su fusión con un sector del Partido Comunista de Euskadi hasta su convergencia con el PSE. Posteriormente, dediqué un capítulo del libro *El siglo de Euskadi* (2003) al nacionalismo heterodoxo en el siglo xx, en el que analicé los rasgos comunes que tenían todos ellos, los cuales permitían integrarlos en esa tercera corriente, muy distinta tanto de los moderados (agrupados en el PNV) como de los radicales (desde *Aberri* y *Jagi-Jagi* hasta ETA y HB). Una diferencia significativa tenía que ver con su idea de España, que resumí así: en lugar del «Euskadi *contra* España» de los *abertzales* radicales y del «Euskadi *sin* España» de los *jeltzales*, los heterodoxos abogaban por «Euskadi autónoma

en España democrática», al no considerar incompatibles Euskadi y España, al contrario de los radicales y los moderados, que habían heredado, en mayor o menor medida, el antiespañolismo de Sabino Arana como seña de identidad. No en vano los heterodoxos eran los más alejados de la doctrina fundacional del nacionalismo vasco o aranismo, pues rechazaban sus dogmas sobre la religión, la raza, los Fueros y la historia vasca, limitándose a aceptar la famosa frase atribuida a Arana: «Euzkadi es la patria de los vascos», tal y como señalaron los de ANV en la República y Bandrés en los años ochenta.

Algo de esto debió leer Gaizka Fernández, tras terminar su licenciatura en la Universidad de Deusto en 2003, lo que, unido a la constatación de que la historia de Euskadiko Ezkerra estaba aún por escribir, le animó a ponerse en contacto conmigo para que le dirigiera su tesis doctoral sobre dicho partido. Aunque no le conocía y apenas me había dedicado al pasado reciente, acepté de inmediato pues la historia de EE me parecía interesante y digna de ser estudiada con rigor académico, del mismo modo que yo había hecho con la historia de ANV en los años treinta. Además, su tesis podría confirmar documentalmente mis afirmaciones de que ANV era un antecedente histórico de EE y que ambos partidos eran los principales representantes del nacionalismo vasco heterodoxo, a pesar de que su origen y su evolución fueron antagónicos.

En efecto, si ANV había surgido de un sector moderado y reformista del PNV en 1930, EE procedía del nacionalismo radical, en concreto de ETA político-militar (1974) y del partido revolucionario EIA (1976), que creó la coalición Euskadiko Ezkerra para poder concurrir a las elecciones generales del 15 de junio de 1977, convocadas por el Gobierno de Adolfo Suárez. Fueron los únicos comicios en los que coincidieron ANV y EE con resultados muy distintos: si esta coalición logró un diputado y un senador, ANV cometió el error de ir en solitario y cosechó un rotundo fracaso, que le llevó a abandonar el nacionalismo heterodoxo para sumarse al radical: en 1978 participó en la fundación de Herri Batasuna, coalición controlada por ETA militar en la que tuvo una vida vegetativa hasta su «resurrección» en las elecciones municipales y forales de 2007 y su muerte al año siguiente al ser ilegalizada por el Tribunal Supremo. Ahora bien, en la Transición hubo miembros de ANV que no aceptaron su deriva radical; un dato significativo: algunos de sus viejos dirigentes, procedentes de la Guerra Civil y el exilio (caso de Gonzalo Nárdiz, consejero del Gobierno vasco desde 1936 hasta 1979), formaron la ANV histórica, que apoyó las candidaturas de EE en las elecciones de 1979 y el Estatuto de Guernica, culminando así su trayectoria autonomista iniciada en la República.

Por su parte, tras los comicios de 1977, Euskadiko Ezkerra marchó por el camino inverso a ANV; un camino que le condujo de ser una mera

coalición electoral a convertirse en un partido político, del radicalismo violento a la heterodoxia pacifista, del comunismo revolucionario al socialismo democrático. A investigar en profundidad, a través de muchas y diversas fuentes históricas, esta importante evolución ha dedicado varios años Gaizka Fernández, desde que en 2007 realizó su tesina sobre *El nacionalismo vasco radical en la Transición: los orígenes de Euskadiko Ezkerra*. Los situó en la escisión de ETA político-militar en 1974 y en la ponencia «Otsagabia» de Eduardo Moreno Bergaretxe (*Pertur*), cuya desaparición en 1976 no impidió que sus tesis acabasen triunfando con la fundación del partido EIA y la formación de la coalición EE. Su presencia en las elecciones de 1977 rompió el frente *abertzale* que intentó crear Monzón en la cumbre de Chiberta (País Vasco francés) y dividió el nacionalismo radical en dos sectores enseguida enfrentados: el posibilista de EE, que participó en la Transición democrática española y aprobó la autonomía vasca, y el rupturista de HB, que rechazó ambas y prevaleció en las urnas sobre EE a partir de 1979. Si el primero logró la disolución de ETA político-militar en 1982, el segundo se convirtió en el brazo político de ETA militar y coadyuvó a la supervivencia de esta organización terrorista durante más de tres decenios.

Todos estos temas claves de la Transición en el País Vasco los ha analizado en una serie de artículos publicados en revistas científicas. Varios de ellos sirvieron de base al citado libro *Sangre, votos, manifestaciones* (2012), que es una de las obras más relevantes sobre la historia vasca reciente. En el transcurso de su investigación doctoral, Gaizka Fernández se percató de que la historia política no era suficiente para explicar adecuadamente lo que había sucedido en Euskadi en los años setenta y ochenta y para entender la trayectoria de EE, sino que era necesaria la historia cultural de la política. Para ello ha recurrido al concepto de religión política, que ya había sido aplicado al *abertzalismo* en dos libros importantes: *El Movimiento de Liberación Nacional Vasco, una religión de sustitución* (2002), de Izaskun Sáez de la Fuente, y *En el nombre de Euskal Herria. La religión política del nacionalismo vasco radical* (2009), de Jesús Casquete. La aportación de Fernández Soldevilla ha consistido en relacionar dicha religión política con la narrativa mítica del «conflicto vasco» (el supuesto enfrentamiento de Euskadi con España desde la noche de los tiempos), elaborada por ETA y asumida como dogma de fe por la comunidad incivil construida en su alrededor; del mismo modo que el paulatino cuestionamiento de esa narrativa patriótica vasca a través de un proceso de secularización o desacralización política le ha servido para explicar la evolución de EE desde el nacionalismo radical de su origen hasta el heterodoxo en la década de 1980.

El presente libro es un estudio muy bien escrito y documentado de toda la historia de Euskadiko Ezkerra a lo largo de veinte años. Como ya

había dado a conocer en buena medida la etapa de la Transición, su principal novedad estriba en el análisis de EE desde que en 1982 se constituyó como partido político, fruto de la unión de EIA y el sector vasquista del PC de Euskadi, hasta que en 1993 convergió con el PSE; convergencia que de hecho supuso su desaparición como tal partido, aunque perdurase su nombre: Partido Socialista de Euskadi-Euskadiko Ezkerra, dentro del PSOE. Gaizka Fernández demuestra la singularidad de EE como organización política a nivel interno: fue una *rara avis*, sobre todo bajo el liderazgo carismático de Mario Onaindia, y también por su notable evolución ideológica y política, al convertirse en una fuerza autonomista y socialdemócrata, en la cual nacionalistas y no nacionalistas convivían con el vasquismo como común denominador. La defensa incondicional de la autonomía de Euskadi en la España democrática le llevó, en 1988, a impulsar el Pacto de Ajuria Enea contra el terrorismo incesante de ETA y a dar un «sí inequívoco» a la Constitución de 1978, a diferencia del PNV, que no ha aprobado ninguna Constitución española en su historia más que centenaria. El atractivo de Euskadiko Ezkerra en el mundo intelectual y en algunos medios de comunicación progresistas no se tradujo en un fuerte arraigo social: fue siempre un partido minoritario, que representó en torno al 10 por 100 del electorado vasco, esto es, bastante menos que el PNV, el PSE y HB. Paradójicamente, cuando al fin pudo tocar poder al formar parte de los Gobiernos de coalición del *lehendakari* Ardanza desde 1991, entró en crisis al dividirse en dos sectores, el más nacionalista de Kepa Aulestia y el más socialista de Mario Onaindia; este último se fusionó con el PSE en 1993. Esta fusión no tuvo el éxito electoral esperado y el legado de EE acabó diluyéndose poco después, si bien resurgió en 2009 con la Fundación Mario Onaindia, dedicada a su personalidad más emblemática, cuya *Biografía patria* (2012) ha sido objeto de un ensayo original del historiador Fernando Molina.

La desaparición de Euskadiko Ezkerra trajo aparejada la extinción del nacionalismo heterodoxo como una tercera vía, distinta del moderado y del radical, que había existido durante gran parte del siglo XX. Pese a su debilidad orgánica y su escaso éxito político, los heterodoxos hicieron aportaciones significativas a la historia del nacionalismo vasco, pues contribuyeron a su secularización religiosa y política y a su democratización social, trazando el camino por el que marcharían años después los *jeltzales* moderados o los *abertzales* radicales. Así, por ejemplo, el PNV se alió con las izquierdas para aprobar el primer Estatuto vasco de autonomía en 1936, tal y como había hecho ANV en 1931, y se declaró aconfesional en 1977, casi medio siglo después de ANV. Por su parte, EE optó por la vía institucional en la Transición y propició el final de una rama de ETA en 1982, mientras que HB y sus herederos han decidido aceptar las vías pacíficas y democráticas con tres décadas de retraso, después de que su

brazo militar cometiese centenares de asesinatos, sin lograr su meta del Estado vasco independiente.

Este libro de Gaizka Fernández Soldevilla es una buena muestra de que es posible hacer una historia objetiva del pasado reciente de Euskadi, que es muy necesaria por la escasez hasta ahora de la historiografía académica y por la abundancia de literatura histórica militante, sobre todo del *abertzalismo* radical, que pretende justificar su larga connivencia con el terrorismo de ETA mediante un relato sesgado de lo que ha sucedido en el País Vasco. Sin duda, el fin definitivo de ETA va a coadyuvar al desarrollo de los estudios históricos vascos sobre el último medio siglo, al igual que la desaparición de la Dictadura de Franco facilitó la investigación sobre la historia vasca contemporánea. No en vano ETA ha sido la peor herencia que dejó el franquismo a la España democrática y a la Euskadi autónoma.

Afortunadamente, el reto intelectual de escribir la historia del tiempo presente ha sido asumido por jóvenes historiadores vascos que están haciendo aportaciones muy valiosas para conocer mejor el tardofranquismo, la Transición y la etapa actual, continuando así la importante labor desarrollada por historiadores más veteranos acerca del siglo XIX y la primera mitad de la pasada centuria. Entre aquellos sobresale Gaizka Fernández, quien ha demostrado con sus artículos y libros que es ya un historiador maduro, uno de los más destacados de su generación, la de los nacidos durante los años de la Transición. Dada su juventud, estoy convencido de que va a continuar realizando contribuciones relevantes a la historiografía.

Si el título de su libro anterior (escrito con Raúl López) resumió la trayectoria del nacionalismo vasco radical en solo tres palabras: *Sangre, votos, manifestaciones*, Gaizka Fernández ha optado por otra tríada para denominar esta *Historia de Euskadiko Ezkerra: Héroes, heterodoxos y traidores*. En efecto, así fueron vistos por la comunidad *abertzale* sus líderes Mario Onaindia y Eduardo (Teo) Uriarte: condenados a muerte por los militares franquistas en el célebre Proceso de Burgos, fueron ensalzados como *héroes* en la década de 1970, pasaron a ser *heterodoxos* como dirigentes de EE en los años ochenta y acabaron siendo tildados de *traidores* a la patria vasca como socialistas desde los noventa, estando amenazados de muerte por ETA y obligados a vivir con escolta, lo que en el caso de Onaindia duró hasta su prematuro fallecimiento en 2003. Se trata de un ejemplo muy significativo de *la tragedia vasca*, esto es, de la falta de libertad que hemos sufrido los ciudadanos de Euskadi como consecuencia primero de la Dictadura de Franco y después de la violencia terrorista de ETA y su entorno. Contra ambas lucharon muchos militantes y dirigentes de Euskadiko Ezkerra. En su larga marcha desde el *abertzalismo* radical hasta el nacionalismo heterodoxo, cambiaron la violencia

por el pacifismo, la revolución por la reforma, el comunismo por el socialismo, el independentismo por el autonomismo. Su historia merecía ser contada con el rigor y la amenidad con que lo ha hecho Gaizka Fernández Soldevilla en este libro.

JOSÉ LUIS DE LA GRANJA SAINZ
Catedrático de Historia Contemporánea
Universidad del País Vasco-*Euskal Herriko Unibertsitatea*



INTRODUCCIÓN

Una vez hube obtenido mi licenciatura en Historia (Universidad de Deusto, 2003) decidí aparcar la idea de hacer una tesis doctoral para estudiar algo que fuera mínimamente útil para mi futuro. Y, de paso, que me permitiera salir de Bilbao una temporada. Así pues, en el curso 2003-2004 me matriculé en la que parecía una opción bastante aceptable: un Máster de Edición en Madrid. La ciudad tenía sus encantos, pero el posgrado, por desgracia, no tardó en defraudarme. Paralelamente mis dotes literarias se esfumaron. Mejor dicho, descubrí que nunca habían estado allí. No tenía lo que hay que tener para escribir una novela, al menos una novela decente, así que abandoné el que hasta entonces había sido mi principal pasatiempo. Las horas se hacían eternas. Para más inri, el invierno siberiano hizo su aparición en las calles de la capital. El frío y el aburrimiento se aliaron en mi contra, por lo que no me quedó más remedio que buscar refugio. Lo encontré en la Biblioteca Nacional. Tenía su lógica. Descartados los oficios de editor y escritor, solo me quedaba ser lector, que no sería mal trabajo si pagaran por ello.

Pasé una mañana tras otra en sus salas buceando en libros de historia... del País Vasco. Vaya ironía. Al principio me atrajo el pacto de Santoña (1937), uno de los episodios más oscuros y polémicos del pasado del PNV, Partido Nacionalista Vasco. Examiné bastante de lo que había sobre el asunto, pero mi atención se dispersó. De la mano de las obras de José Luis de la Granja, alguna de las cuales ya había consultado durante la carrera, salté a ANV, Acción Nacionalista Vasca, una formación de la que por aquel entonces nadie se acordaba demasiado. Todavía faltaban unos años para que la «izquierda *abertzale*» (patriota) resucitara dichas iniciales para usarlas como pantalla electoral de la ilegalizada *Batasuna* (Unidad). De ANV, tirando del hilo del nacionalismo heterodoxo del que ambos partidos políticos formaban parte, acabé topando con EE, Euskadiko Ezkerra (Izquierda de Euskadi).

De esas siglas, que yo sepa, nunca se había hablado en las clases de la universidad. Al menos, no las encontré cuando repasé mis apuntes rastreando datos. El nombre, aunque me sonaba ligeramente familiar, no me decía demasiado, algo comprensible teniendo en cuenta que EE se había

disuelto en 1993, cuando yo solo contaba con doce años. Euskadiko Ezkerra. ¿Tal vez se lo había escuchado a mis padres? ¿Lo había visto en algún cartel? ¿En la propaganda electoral? ¿En una pintada en el barrio?

Fuera como fuese, inclinado sobre mi mesa de la Biblioteca Nacional, la historia de esta formación me atrapó. Visto en perspectiva, había razones de sobra para que despertase en mí aquel interés. Veamos algunas. Como en 1984 habían apuntado Juan Pablo Fusi y Julio Caro Baroja, la sociedad vasca contemporánea se caracteriza por su diversidad social, económica, cultural, lingüística, religiosa e ideológica. Así, sus habitantes proceden de distintos lugares y poseen múltiples identidades territoriales. Además, en su seno coexisten tres grandes y divergentes culturas políticas (derechas, izquierdas y nacionalismo)¹. A pesar de su pequeño tamaño, EE parecía una muestra representativa de la heterogeneidad del País Vasco, ya que en su seno habían logrado convivir nacionalistas y no nacionalistas. Teniendo en cuenta el tenso panorama político de Euskadi, que el experimento durara lo que duró era poco menos que un milagro.

También era llamativamente inusual la actitud de EE hacia al «problema vasco». Para evitar equívocos el término merece una aclaración. A decir de José Luis de la Granja, se trata de un problema histórico que consta de dos vertientes bien diferenciadas. Primero, «la vertiente externa sobre las relaciones de Euskadi con el conjunto de España», lo que incluye el debate sobre la organización territorial del Estado. Segundo, «la vertiente interna por la falta de convivencia pacífica entre los propios vascos, cuyas manifestaciones más violentas han sido las guerras civiles y el terrorismo de ETA»², *Euskadi Ta Askatasuna* (Euskadi y Libertad). ¿Cuál fue la perspectiva de EE sobre cada una de estas facetas?

Por una parte, el partido fue una *rara avis* con una trayectoria muy diferente a la del resto del nacionalismo y especialmente de la «izquierda abertzale», matriz de la que había surgido. No solo evolucionó desde su independentismo inicial al autonomismo, pasando por el federalismo, sino que también ha sido la única fuerza nacionalista que ha aprobado explícitamente una Constitución española. Y lo hizo con un «sí inequívoco».

¹ Fusi (1984) y Caro Baroja (1984). Por economía del lenguaje, emplearé nacionalistas o *abertzales* para referirme a los nacionalistas vascos. Cuando escriba sobre cualquier otro tipo de nacionalistas (españoles, catalanes, etc.) lo especificaré. De igual manera utilizaré «no nacionalistas» para todos los vascos no *abertzales*.

² Granja (2010). No hay que confundir «el problema vasco» con «el conflicto vasco», ya que son conceptos bien diferentes. «Conflicto vasco» es el término que ha venido utilizando el nacionalismo radical (y en ocasiones también el moderado) en las últimas décadas para referirse a la supuesta guerra de independencia que sostiene la «invadida» nación vasca contra los opresores «Estado español» y «Estado francés» desde tiempos inmemoriales. Se trata de la expresión más conocida, por lo que, para simplificar, la emplearé preferentemente sobre otras más extendidas durante la Transición como «contencioso».

Como colofón, el sector mayoritario de EE acabó convergiendo con el PSE, Partido Socialista de Euskadi, para conformar el actual PSE-EE.

Por otra parte, los *euskadikos* también fueron cambiando su posición respecto a la violencia etarra. EIA, *Euskal Iraultzarako Alderdia* (Partido para la Revolución Vasca), el auténtico núcleo de EE, había sido una creación directa de ETApM, ETA político-militar. Durante la Transición la banda y la formación habían mantenido una relación de interdependencia y complicidad, mas en 1981-1982 EIA impulsó la disolución y posterior reinsertión de una facción de los *polimilis*, un caso inédito en el contexto español. Posteriormente, los *euskadikos* se comprometieron con el fin del terrorismo y fueron unos de los más entusiastas promotores del Pacto de Ajuria Enea y del movimiento pacifista en el País Vasco. ¿Cómo pudo un grupo fundamentalista avanzar tanto en tan pocos años por la senda de la civilidad? ¿Qué variables intervinieron en esa evolución?

Tampoco había que pasar por alto que EE podía servir como llave para acceder al conocimiento de una época, la del tardofranquismo, la Transición y la democracia parlamentaria en el País Vasco, que no había sido convenientemente tratada por los historiadores. Así, daba pie a examinar desde un nuevo prisma los grandes debates que atravesaron todo aquel período histórico, los que entonces fueron los temas más candentes: la democratización española y la especificidad de Euskadi, los excesos policiales, el golpismo, el terrorismo, el peso de la movilización de la ciudadanía y de los consensos entre los partidos políticos, la relación de estos con sindicatos y movimientos sociales, la Constitución, el Estado de las autonomías, la institucionalización de la comunidad vasca, el modelo territorial, la crisis económica, la evolución ideológica de la izquierda y su crisis, etc.

Por último, utilizando la expresión de Edward P. Thompson, los simpatizantes, militantes y dirigentes de EE encajaban en la categoría de «víctimas de la historia». Demasiado a menudo «solo se recuerda a los victoriosos (en el sentido de aquellos cuyas aspiraciones anticipaban la evolución subsiguiente). Las vías muertas, las causas perdidas y los propios perdedores se olvidan». ETApM, EIA y EE han desaparecido. Son, en ese sentido, «vías muertas». Y personalmente, como le ocurrió a Tony Judt al escoger el tema de su tesis doctoral, «no me interesaban los ganadores», a los que nunca falta quien les estudie. Siento debilidad por las causas perdidas y esta, no cabe duda, lo era³.

Como es evidente a estas alturas, la aventura de los *euskadikos* me enganchó y quise saber más. ¿Cuál fue la causa de que antiguos partidarios y activistas de ETA se posicionaran contra la perpetuación del terrorismo?

³ Judt y Snyder (2012: 144) y Thompson (1989: XVII).

¿Es posible sustituir una cultura de la incivilidad por otra de la civilidad? ¿Se aprende a dejar de odiar? Si es así, ¿cómo? ¿Por qué evolucionó EE en el plano ideológico tal y como lo hizo? ¿De dónde surgió su vocación integradora de construir puentes entre *abertzales* y no *abertzales*? ¿Qué hizo falta para valorizar la denostada «democracia burguesa» y sus instituciones? ¿Y para abandonar la utopía comunista? ¿Cómo se convierte en demócrata un partidario de soluciones violentas y autoritarias? ¿Y en no nacionalista un nacionalista vasco? ¿Por qué no ocurrió lo mismo con la otra rama de la «izquierda *abertzale*», la constituida por HB, Herri Batasuna (Unidad Popular), y ETAm, ETA militar? ¿Cuál es la razón última de que naufragase el proyecto político de los *euskadikos*? Demasiadas preguntas y ninguna respuesta. Por mucho que busqué, mi curiosidad no pudo ser saciada. Acerca de EE hallé escuetas referencias, que en no pocos casos plasmaban una versión edulcorada de su historia en la que se pasaban por alto sus sombras, que las tenía, como su vinculación con ETAp. En el extremo opuesto, el de la óptica del nacionalismo radical, había una monografía dedicada al partido, pero se trataba de un opúsculo sesgado y panfletario. Se limitaba a narrar la supuesta traición a la patria de los *euskadikos*. Poco más⁴.

Resulta que la historia de Euskadiko Ezkerra todavía estaba por hacer. Se trata de un tópico más que manido, que se repite ritualmente en trabajos de investigación como el que nos ocupa, pero no por ello deja de ser cierto. Como habían señalado distintos historiadores, EE era una de las lagunas de las que debía ocuparse la historiografía vasca⁵. Alguien tenía que acometer aquella empresa. Estaba hastiado de la ociosidad y mis expectativas laborales en el mundo editorial (y, como licenciado en Historia, en cualquier otro mundo) eran prácticamente nulas. ¿Por qué no?, me dije. Para asegurarme, y aunque no le conocía de nada, me atreví a enviar un *email* a José Luis de la Granja planteándole un mar de dudas. Las resolvió y tuvo la gentileza (o la insensatez, según se mire) de aceptar ser mi director de tesis. Y ahí empezó mi viaje a Ítaca.

Amarré en sus costas después de ocho largos años, bastante más de lo esperado. No me dieron la beca predoctoral a la que aspiraba, *c'est la vie*, pero tuve la suerte de conseguir, oposición mediante, una plaza fija de profesor de Educación Secundaria en Cantabria. El tiempo libre que me dejaba la docencia, incluyendo los fines de semana y las vacaciones, lo he estado invirtiendo religiosamente en la investigación propiamente dicha: entrevistas a «viejos rockeros» *euskadikos*, examen obsesivo de bibliogra-

⁴ Egido (1993).

⁵ De Pablo (2005: 403), Granja, Beramendi y Anguera (2001: 289), y Antonio Rivera y José Luis de la Granja en VVAA (2009: 167 y 176).

fía, revistas, periódicos, panfletos y documentos variados, y eternas sesiones de escritura, revisión y rescritura. Disfruté con la aventura, pero esta requirió muchos sacrificios. Quizá demasiados. Clio es una musa celosa. Llegué a Ítaca vacío y agotado en más de un sentido, aunque quiero creer que aquel prolongado e intenso esfuerzo mereció la pena. En septiembre de 2012 puse punto y final a una tesis doctoral de 622 páginas en la que analizaba las historias interrelacionadas de ETApM (1974-1982/1985), EIA (1976-1982) y EE (1977-1993). Se trataba de un producto académico, es decir, era extenso y estaba plagado de detalles y kilométricas notas a pie de página. Aquel formato quizá satisficiera a otros científicos sociales, quienes siempre podrían consultar un ejemplar de la tesis en la universidad, pero difícilmente atraería al resto de la Humanidad. Si yo había sacrificado una parte sustancial de mi vida recorriendo archivos, bibliotecas y hemerotecas era precisamente porque la historia de los *euskadikos* me resultaba fascinante. Sabía que no era la única persona con ganas de saber más sobre ellos, así que me sentí en la obligación de compartir los resultados de mi trabajo con la mayor cantidad de lectores posible. En consecuencia, intenté sintetizar lo principal de mi investigación en una obra divulgativa y de lectura amena. Este es el fruto final de esa labor. Espero haber acertado.

Es cierto que, como advertía Tony Judt, «cuanto más interviene la Teoría, más se retrae la historia»⁶, pero antes de entrar en materia es necesario introducir aquí una pequeña dosis de los presupuestos sobre los que, a modo de cimientos, se ha edificado este libro. Resultan indispensables para comprender cuáles son los dispositivos que hacen que funcione el nacionalismo o cómo es posible que deje de hacerlo, un asunto que atraviesa de lado a lado la trayectoria de los *euskadikos*. Por tanto, en este trabajo implícita o explícitamente hago referencia a estas cuestiones con cierta frecuencia.

Usualmente las ciencias sociales y las humanidades han intentado explicar la conducta de los individuos y los grupos siguiendo el modelo de la toma racional de decisiones: se tiende a suponer que, ante la disyuntiva que presenta una elección entre varias posibilidades, los seres humanos sopesan los costes y los beneficios de cada alternativa y, después de reflexionar, escogen conscientemente la que mejor se adecua a sus propósitos o intereses. Sin embargo, la psicología experimental ha demostrado que ese paradigma racionalista de balances de pros y contras solo funciona de una manera parcial. En palabras de Gerd Gigerenzer, «las leyes del mundo real son desconcertantemente distintas a las del idealizado mundo lógico». Jean-Jacques Rousseau ya lo había advertido de un modo provo-

⁶ Judt (2010: 582).

cador en *Des Moeurs*: «el error de la mayoría de los moralistas consistió en considerar al hombre como un ser esencialmente razonable. El hombre no es sino un ser sensible que atiende exclusivamente a sus pasiones a la hora de actuar y al que la razón no sirve sino para paliar las estupideces que aquéllas le hacen hacer». En definitiva, mucho de lo que decimos y hacemos se basa en procesos ajenos a la lógica: reacciones instintivas y emociones. Las primeras son rápidos atajos cognitivos, intuiciones que nos permiten operar con gran economía de medios en condiciones normales. Las segundas, los sentimientos y las pasiones, son un mecanismo que tiene una traducción política directa y, por consiguiente, deben ser objeto del interés de los historiadores. Ambos procedimientos coexisten en nuestra vida cotidiana con la toma racional de decisiones. El comportamiento humano responde a una mezcla variable de los tres vectores, que suelen funcionar a la vez, solapándose⁷.

El modelo puramente racionalista ha presidido durante mucho tiempo la historia política y algunas de las ciencias sociales. Según Christophe Prochasson, los historiadores hemos asumido que, en lo que a los asuntos públicos se refiere, la conducta de los individuos está «exclusivamente gobernada por la fidelidad a unos *corpus* de ideas transparentes o la búsqueda de posiciones de poder». En consecuencia, hemos minusvalorado la influencia del elemento emocional, lo que en ocasiones lleva a descartar la explicación más coherente (e incluso más sencilla). Como concluye Prochasson, «la política no es únicamente un terreno de desacuerdos (racionales) sino también de odios (irracionales) o, a la inversa, el terreno en el que se expresan tanto las alianzas como las amistades, los apoyos, los entusiasmos o los fenómenos de júbilo colectivo». Si no, ¿cómo se podría explicar la erótica del poder?⁸.

La lógica no lo es todo. También las pasiones y los sentimientos impulsan al individuo a actuar en la *res publica* como ciudadano (votante, afiliado o dirigente). Tener en cuenta dichos vectores ayuda a ampliar nuestro conocimiento de la historia política. Merece la pena, pues, localizar los catalizadores que, en palabras de Walker Connor, conmueven «apelando a la sangre, no al cerebro». El amplio catálogo de mecanismos que, en función de la estructura de oportunidades disponible, utilizan los líderes o intelectuales para la movilización y la creación de una identidad colectiva incluye, además de los recursos materiales y humanos (medios de comunicación, finanzas, militancia, etc.), los recursos culturales: los símbolos, los mitos, los rituales conmemorativos, los monumentos, etc.⁹

⁷ Gigerenzer (2008: 10). La cita de Rousseau en Alonso Zarza (2009: 45).

⁸ Prochasson (2009: 217). Una idea similar en Alonso Zarza (2004: 12) y Connor (1998: 191).

⁹ Connor (1998: 192).

Aunque cualquier grupo puede recurrir a este utillaje, son los nacionalistas los que más habitualmente apelan a las emociones y, hay que destacarlo, son también los que lo hacen con mayor efectividad. Del surtido de catalizadores que emplea el patriotismo hay uno que nos interesa especialmente: la invención de la tradición y la manipulación de la historia o, por decirlo de otra forma, las narrativas míticas¹⁰. Se trata de una categoría clave para comprender la evolución de cualquier movimiento de este tipo, ya que los relatos sobre el pasado son un útil mecanismo para convencer a un determinado conjunto de personas de que tienen un origen común, construir una identidad territorial exclusivista, reforzar la solidaridad grupal e impulsar la movilización colectiva (pudiendo eventualmente llegar al extremo de traducirse en una legitimización de la violencia). La narrativa patriótica se basa en una lectura sesgada e interesada del pasado (o incluso en la fantasía). Ernest Renan declaró en su más célebre conferencia que «el olvido y, yo diría incluso, el error histórico son un factor esencial de la creación de una nación». Pero eso es lo de menos. A decir de Connor, «sean cuales fueren sus fundamentos reales, los mitos engendran su propia realidad, ya que, por lo general, lo que más relevancia política tiene no es *la realidad*, sino lo que la gente *cree que es real*»¹¹. En otras palabras, cada movimiento político crea su propia narrativa y esta, a su vez, modifica la realidad y al propio movimiento.

Anthony Smith ha establecido los seis grandes tropos que se repiten universalmente en los relatos de los nacionalismos: el mito de los orígenes temporales, el de la localización y la migración (orígenes espaciales), el de los antepasados (orígenes biológicos), el de la Edad Heroica, el de la decadencia y el de la regeneración. En realidad el esquema se puede simplificar: los tres primeros mitos de procedencia (temporal, territorial y biológica) se integran perfectamente en el de la Edad Heroica. Como resultado, aparecen tres períodos consecutivos en la «historia» de la nación: pasado (idílico), presente (en declive) y futuro (promesa de regeneración). La conexión de los episodios indica la existencia de una genuina narración. Esto es, en palabras de Concha Roldán, implica que «comienza y concluye una historia, constituyendo un todo cerrado, coherente textualmente, esto es, significativo». Es lo que Matthew Levinger y Paula Franklin Lytle han denominado la estructura triádica de la retórica nacionalista (vid. Anexo I), cuyas raíces pueden situarse en la tríada narrativa del cristianismo (Pa-

¹⁰ Calhoun (1997: 51-65), Chacón Delgado (1998), Connor (1998: 187 y 194), Gilbert (1998: 155-169), Glover (2003: 44-45), Goodin (2003: 144-146) y Halliday (2000: 166-169). La «invención de la tradición» es una expresión de Hobsbawm y Ranger (2002).

¹¹ Connor (1998: 135). La misma idea en Alonso Zarza (2000: 2 y 2009: 22), Balfour y Quiroga (2007: 238-239), Beck (2003: 238), Bruner (1991), Caro Baroja (1984: 138), Casquete (2009: 41), Forné (1995: 49), Goodin (2003: 145) y Sen (2007: 146).

raíso-caída-redención) o incluso en leyendas anteriores sobre la decadencia de la Humanidad¹². Se compone de los siguientes elementos:

a) Un pasado glorioso. La nación es considerada un ente natural, primordial, cuasi-eterno, de cuya existencia objetiva no cabe dudar. Tiene unos orígenes más o menos concretos, aunque también cabe recurrir a cierta incertidumbre: los tiempos inmemoriales, una antigüedad incalculable, una procedencia misteriosa, etc. Antaño vivió una Edad de Oro, ya que formaba una brillante (y envidiada) Arcadia feliz. El pueblo, con plena conciencia de su carácter nacional, estaba formada por un grupo humano totalmente homogéneo y cohesionado. Se caracterizaba por sus virtudes excepcionales, que le convertían en superior a (o diferente de) sus vecinos, con los que nunca se mezcló y de los que probablemente recibió graves y no provocados agravios.

b) El presente en decadencia. En la actualidad la nación está pasando una mala (tal vez la peor) etapa de su larguísima historia en todos los aspectos. Pierde sus señas de identidad, sus rasgos característicos (raza, lengua, cultura, etc.), y su uniformidad. Corre el peligro de desaparecer en el olvido (sentimiento agónico).

c) Un futuro utópico a través de la redención nacional. Solo si la nación lucha puede recuperar todo lo que perdió y/o le quitaron. Si lo hace resurgirá para volver a transformarse en un cuerpo homogéneo y protagonizar una nueva Edad de Oro. En ese sentido concreto, aunque el pasado al que intenta «volver» sea inventado, el nacionalismo tiende a ser reaccionario.

Además, esta narrativa proporciona al movimiento patriótico:

1) Un diagnóstico de culpabilidad. El pasado glorioso finalizó a consecuencia de la intervención de un agente exterior o por la degradación propia (tal vez instigada por cuerpos extraños que se alojan en el interior del país). El diagnóstico, por tanto, señala claramente al enemigo, marca una frontera étnica entre el «nosotros» y el «ellos», constata una serie de pérdidas dramáticas y remarca que la nación propia es la auténtica víctima y, como tal, está moralmente legitimada para recuperar lo que es suyo por derecho (irredentismo) o incluso para la revancha.

2) Una prescripción para invertir el diagnóstico. La nación tiene el sagrado deber de combatir contra su enemigo para regenerarse. La naturaleza de la acción (política o armada) puede variar pero está muy condi-

¹² Alonso Zarza (2000, 2004 y 2006), Roldán (1997: 177), Smith (1999: 57-70) y Levinger y Lytle (2001). Evidentemente, otras narrativas políticas, como la de la lucha de clases propia del marxismo, también pueden ser analizadas atendiendo a este esquema, aunque los episodios de la tríada y su protagonista son harto diferentes.

cionada por el diagnóstico. Por otra parte, también se designa el instrumento para la redención nacional, que puede ser un líder carismático, un partido político, un movimiento, una organización terrorista, etc.

Como en todo sistema de comunicación, además del mensaje (la narrativa), hace falta un emisor (los intelectuales nacionalistas, ya sean músicos, artistas, poetas, dramaturgos, productores de literatura histórica militante, etc.), un receptor (la ciudadanía) y un canal, esto es, cómo y por dónde se transmite el relato de la patria.

¿Por qué es tan sugestiva esta clase de narrativa? Contamos con varias teorías complementarias que explican cómo funciona. Por una parte, Lvinger y Lyte achacan su eficacia a la «tensión explosiva» que se acumula en las dicotomías irreconciliables entre el pasado glorioso y el presente en decadencia, así como entre esta etapa y el futuro utópico. Perfectamente se podría añadir también la oposición maniquea entre personajes planos «buenos» y «malos»: «nosotros», las víctimas virtuosas, meritorias e inocentes (en cuyo número se cuenta el receptor del mensaje, independientemente de su virtud, su capacidad y su mérito personal, lo cual le predispone a favor de la narrativa), y enfrente (o, peor, entre «nosotros») «ellos», la fuente del mal, los culpables de la ruina nacional.

Por medio de dichas tensiones los emisores consiguen suscitar una serie de pasiones en su auditorio (la frustración, el victimismo, el resentimiento, el odio, etc.) que impulsan al individuo receptor a sentirse incluido en un determinado grupo nacional, movilizarse y luchar por una causa que se considera noble y altruista. En última instancia, como ha estudiado Martín Alonso, cabe la posibilidad de que el relato patriótico se utilice para justificar el terrorismo, ya que proporciona «la idea de necesidad [de la violencia] por partida doble: lógica y sociológica»¹³.

Aparte de su capacidad de inducir emociones, Alonso plantea la hipótesis de que el extraordinario poder de persuasión de la retórica nacionalista se debe a su relación con nuestro «pensamiento primario», las reacciones instintivas que ya se han mencionado. El ser humano tiene una predisposición innata a imputar a otros «la responsabilidad de los acontecimientos desagradables» y una «tendencia a la hipersimplificación, que se expresa en su preferencia por explicaciones monocausales». En términos concretos, el patriotismo nos exonera de toda culpa individual mientras nos proporciona un enemigo fácilmente distinguible al que se consi-

¹³ Alonso Zarza (2000 y 2009: 23) y Hoffer (1964). En ese sentido, como han demostrado Casquete (2009) y Saénz de la Fuente (2002) para el caso de la autodenominada «izquierda abertzale», mediante una serie de técnicas propagandísticas (como los lugares de memoria o un calendario conmemorativo ritual), el nacionalismo construye «héroes» y «mártires» de la patria: modelos para la juventud militante.

dera el responsable de todo lo malo, un cabeza de turco o chivo expiatorio para las frustraciones personales o colectivas¹⁴.

Otra de las grandes ventajas del relato nacionalista es que resulta prácticamente impermeable a la crítica. Aún ante pruebas evidentes que invalidan uno de sus episodios, su naturaleza de sistema cerrado y coherente hace que impere «la lógica narrativa» en el conjunto. Se trata de un esquema autorreferencial y, por tanto, el que lo adopta solo da por cierto aquello que se adecua a la «verdad narrativa». Si la «verdad histórica» contradice al canon, sencillamente se la clasifica como una mentira interesada. Es el mismo mecanismo que el de la versión más fundamentalista de la retórica religiosa: por muchos fósiles que se le enseñen a un creacionista, seguirá creyendo que Dios hizo el mundo en siete días porque la Biblia así lo dicta. El individuo que acepta un relato hermético como epicentro de su fe está inmunizado contra cualquier crítica racional, máxime si el mentís proviene del exterior de la comunidad de creyentes. Pero tampoco es fácil revisar los dogmas desde dentro, ya que supone arriesgarse a ser considerado un hereje (y, por tanto, indigno de crédito). En principio, la única opción para quien tiene dudas es el abandono del colectivo (o el silencio)¹⁵.

Yael Tamir, académica y exministra de Educación de Israel, añade al elenco la capacidad del nacionalismo de vincular el bienestar personal del individuo al destino de la patria y de contextualizar toda acción humana en las coordenadas de su narrativa. De esta manera se dota de sentido pleno a la existencia de los fieles, a los que se proporcionan «canales adicionales para su plena realización, lo que hace que sus vidas resulten más gratificantes». Llevado al extremo, el nacionalista se convierte en su «proyecto fundamental», al que quedan subordinados el resto de sus objetivos vitales. El individuo que establece tal compromiso con una causa concebida como trascendente y elevada consigue dotar de «sentido pleno» a su existencia. En consecuencia, aquellos nacionalistas que asumen la versión más extrema de dicha doctrina están dispuestos a sacrificar su vida y la de otros en el altar de la patria¹⁶.

La narrativa patriótica funciona como argumento o trama principal de las religiones políticas, concepto que en palabras de Jesús Casquete, se refiere a «movimientos sociopolíticos radicalmente modernos pero no obstante encarnizados enemigos del proyecto ilustrado». Las religiones seculares comparten cuatro rasgos esenciales. Primero, han sacralizado una entidad propia de la política, como la raza, la clase o la nación. Dichas

¹⁴ Alonso Zarza (2004: 111).

¹⁵ Alonso Zarza (2000 y 2004), Goodin (2003: 147), Hoffer (1964: 115-116), Juaristi (1997b: 4) y Lakoff (2010: 39).

¹⁶ Tamir (2003: 68-69).

categorías pasan a ser «objeto de fe, reverencia, culto y devoción por parte de los miembros y simpatizantes de la comunidad creyente». La prueba palmaria es su disposición, en defensa de dicha fe secular, al sacrificio propio (el «martirio») y, sobre todo, al ajeno (el asesinato del «enemigo», «infiel» o «traidor»). En segundo término, las religiones políticas niegan la autonomía individual y propugnan que el «creyente» se tiene que supeditar incondicionalmente a los objetivos del movimiento. En tercer lugar, dichos grupos, cuya «emoción tractora» es el odio, tienen la finalidad última de formar un cuerpo racial, étnica y/o ideológicamente homogéneo, por lo que expulsan del «campo de obligación moral» a todo aquel que se aparta del colectivo, ya sea por no cumplir con los criterios de inclusión o por disentir de los dogmas. Los adversarios se convierten así en «enemigos declarados con quienes el único expediente a utilizar era el de la violencia de erradicación». Y, en cuarto y último lugar, lo más característico de las religiones políticas es que van acompañadas de «un sofisticado despliegue simbólico y ritual alrededor del *corpus* dogmático de naturaleza política»¹⁷.

Poner el acento en las categorías de la narrativa patriótica y la religión secular ayuda a comprender cómo el nacionalismo vasco radical vinculado a ETA se transformó en una poderosa comunidad incivil durante el tardo-franquismo y la Transición. Ahora bien, este aspecto ya ha sido estudiado con aprovechamiento por otros autores. Lo que yo he realizado es el camino inverso: aprovechar el utillaje analítico de este enfoque teórico para descifrar la deconstrucción de una parte de esa comunidad, la de los *euskadikos*, en la que lo sagrado fue siendo sustituido por lo pragmático, lo cívico y lo racional. Dicho de otra manera, la originalidad de esta obra radica en el análisis de un proceso de secularización o desacralización política.

En palabras de Peter Burke, «lo que los historiadores escriben actualmente son narrativas sobre narrativas»¹⁸. Tras abandonar la escritura de ficción, yo había optado por trasvasar mis inquietudes intelectuales a la historia política pura y dura. A pesar de lo cual, después de distintas lecturas y largas discusiones con algunos colegas, hete aquí que he acabado estudiando mitos y relatos. De alguna manera, el círculo se cerraba: se trataba de una manera un tanto enrevesada de compensar mi frustrada vocación literaria. Pero, sin duda, era algo más que eso. El paradigma explicativo que acabo de bosquejar seguramente nos ayuda a esclarecer el funcionamiento del nacionalismo en general y del vasco en particular, que se amolda bastante bien a estas premisas teóricas. En el caso de mi tesis

¹⁷ Casquete (2006 y 2009).

¹⁸ Burke (2003: 328).

doctoral tenía que aplicarlo a la heterodoxia *abertzale* de EE, pero antes es necesario examinar el punto de partida de *polimilis* y *euskadikos*: el nacionalismo vasco radical.

NOTA FINAL: En mi blog personal puede encontrarse una selección de imágenes de EIA y EE, que creo puede servir de complemento y soporte gráfico a la lectura de este libro: <http://gaizkafernandez.wordpress.com/2013/02/11/la-imagen-de-ee-y-i/> y <http://gaizkafernandez.wordpress.com/2013/02/11/la-imagen-de-ee-y-ii/>